



“Aprendiendo a jugar rudo: la normalización de la lógica de género en las dinámicas relacionales de las redacciones de deportes”

Claudia Ivette Pedraza Bucio

claus_nesta@hotmail.com

Universidad Nacional Autónoma de México

Resumen

El periodismo deportivo ha sido uno de los ámbitos de mayor resistencia a la incorporación de las mujeres como emisoras, ya que en él confluyen dos tipos de conflictos: por un lado, las dificultades existentes en el acceso y participación femenina en las industrias mediáticas; y por el otro, la consideración del deporte como un campo *propio* de la masculinidad, lo que condiciona cualquier presencia femenina. Estos conflictos se analizan desde la perspectiva teórica de las *Gendered Newsroom Cultures*, que argumenta que el periodismo es un ámbito constituido por una lógica de género que privilegia los referentes masculinos en las dinámicas, los enfoques, las rutinas y los valores que forman parte de la cultura profesional. El problema es que esta cultura se normaliza como *difícil* independientemente del género, cuando en realidad articula mecanismos específicos para limitar el ejercicio periodístico de las mujeres. A partir de la recuperación de la experiencia de trece reporteras que forman parte de las redacciones de deportes de siete diarios mexicanos de circulación nacional, en este trabajo se describe la forma en que estos mecanismos condicionan particularmente las dinámicas relacionales que establecen con *los otros* (colegas, fuentes y jefes). Dichas dinámicas resultan fundamentales porque en ellas se gestiona el poder necesario para ser reconocidas como enunciadoras autorizadas. Por medio de entrevistas, se expone cómo el *cuestionamiento hostil*, el *sexismo benevolente*, la *amabilidad acosadora* y la *duda moral* funcionan para mantener al periodismo deportivo como un ámbito *ajeno* a



la participación femenina. Pero aun con estos mecanismos, la experiencia de estas periodistas resulta nodal para explicar no solo cómo se mantiene, sino cómo se puede transformar esta lógica de género.

Palabras clave: Género, Periodismo, Deportes, Ejercicio periodístico, Culturas de Género del Periodismo.





“Aprendiendo a jugar rudo: la normalización de la lógica de género en las dinámicas relacionales de las redacciones de deportes”

Claudia Ivette Pedraza Bucio

claus_nesta@hotmail.com

Aprendiendo a *jugar rudo*: la normalización de la lógica de género en las dinámicas relacionales de las redacciones de deportes

1.- Introducción: atendiendo las reglas del juego

“En la medida en la que yo fui demostrando que sabía de deportes, la gente creyó un poquito más en mí, primero el público, los compañeros, los jefes. Entonces hoy por hoy es un camino distinto, porque los hombres son así. Te toman en serio en la medida en que les pueda competir en algo que ellos compiten también. Entonces se no se trata de entrar y adaptarse, pero uno es el raro, para poder entender un mundo primero hay que entender sus reglas para después cambiarlas”

Al igual que Marion Reimers¹, columnista del diario *Récord*, las mujeres que ingresan al periodismo deportivo se dan cuenta que deben entender (y aceptar) las reglas para poder jugar, porque *uno es el raro*. O mejor dicho, *la rara*. Desde la sociología del deporte se ha explicado que éste se ha constituido como un ámbito *propio* de la masculinidad, en el que cualquier presencia femenina está marcada con un *déficit*: en el imaginario social existe la idea de que las mujeres *no saben de, no están interesadas en y no viven el deporte como los hombres*. La eficacia de este imaginario permea a las

¹ Entrevista realizada el 14/08/2014. Esta entrevista, junto con las otras presentadas a lo largo del texto, forman parte del trabajo de campo de la tesis doctoral en curso.



redacciones deportivas de las instancias mediáticas, donde los conocimientos, el interés y el lugar de las periodistas tienen un permanente signo de interrogación.

A lo largo de estos párrafos se expone cómo este imaginario se articula en la *normalización de la lógica de género del periodismo*, un proceso por el cual los elementos de la cultura profesional (ángulos, temas, sistemas normativos y éticos, estrategias organizacionales, prácticas, relaciones y dinámicas específicas) son aprehendidos e internalizados como *la norma* para quienes ingresan a esta área. El problema es que dicha cultura profesional reproduce la jerarquía genérica, como parte inherente de la profesión, la cual marca las relaciones que se pueden establecer con colegas, jefes y fuentes; lo que en el caso del periodismo deportivo, condiciona el reconocimiento necesario para ocupar un lugar como enunciadora autorizada. Por eso, como Marion Reimers expresa, las mujeres, *las raras* en las redacciones de deportes, son las que tienen que aceptar al *juego rudo* que supone el periodismo, no sólo para poder jugar, sino para intentar transformar las reglas del juego.

2.- El ejercicio periodístico desde la perspectiva de las *Gendered Newsroom Cultures*.

Numerosos trabajos feministas que se han acercado al estudio del periodismo señalan que éste se ha institucionalizado como un ámbito de dominio masculino, por lo que el acceso y participación de las mujeres ha sido limitado (Bach, 2000; Byrely & Ross, 2004; Chambers, Steiner, & Fleming, 2004; De Bruin & Ross, 2004; Everbach, 2006; Hernández Carballido, 2006; Hernández Téllez, 2006; Gallego, 2002; Valles Ruiz, 2006; Loscertales & Nuñez, 2009)

Entre estos trabajos, existe una vertiente denominada *Gendered Newsrooms Cultures* o *Gendered Journalist Cultures*, que se puede traducir como *Culturas de Género*



del *Periodismo*². Esta perspectiva³ argumenta que el periodismo es un ámbito *generizado*, es decir imbuido por el orden de género en su misma constitución, en el cual se articula un ejercicio de poder (De Bruin & Ross, 2004). Para las autoras de este enfoque, decir que el periodismo es un ámbito de dominio masculino no significa sólo evidenciar que son los hombres quienes acaparan la actividad, sino que como espacio *generizado*, está constituido con una *lógica de género* que privilegia el referente de *lo masculino*. Esta lógica se manifiesta en *la cultura de género del periodismo* en la que están insertos tanto mujeres y hombres que se dedican a esta labor (Djerf- Pierre, 2007; North, 2009; Byrely & Ross, 2004; Chambers, Steiner, & Fleming, 2004; Lofgren-Nilsson, 2010; Melin - Higgins, 2008; De Bruin, 2004; De Bruin & Ross, 2004).

Margareta Melin- Higgins (2004, pág. 197) define la *cultura periodística* como un conjunto de ideales, valores, reglas y prácticas específicas de *cómo hacer* las cosas (que involucra tanto principios de organización como prácticas cotidianas) que se acepta como *norma* en las instancias periodísticas de un determinado contexto social. Este conjunto es internalizado por el colectivo de periodistas a la par que atienden las demandas de las instancias para las que trabajan: no están en un manual, se *aprehende ejerciendo*. Es decir, si el periodismo tiene una cultura particular, entonces sus profesionales operarán más o menos como un grupo heterogéneo con prácticas,

² El participio *gendered* (derivado del inglés *gender*: género) se usa para adjetivar un espacio, proceso o producto social imbuido desde su constitución por el orden de género. Algunos trabajos desde la antropología y la sociología proponen la traducción al español de *gendered* como *generizado*, aunque utilizan el término *de género* para clarificar a que el concepto se deriva de esta última categoría.

³ La “S” del *cultures* y de *culturas* alude a la pluralidad de contextos en los que se insertan las instancias y los sujetos dedicados al periodismo; esta perspectiva no pretende argumentar que sólo existe una *cultura periodística* o que la *cultura de género del periodismo* es siempre igual en todos los contextos, sino que la *lógica de género* siempre está presente por ser parte estructural de este ámbito.

rutinas y parámetros aceptados que legitiman a *quien ejerce* el oficio (De Bruin, 2004; Melin - Higgins, 2008; Byrely C. , 2014; Ross, 2004).

Tanto desde los planteamientos de la Sociología de la Producción de los Mensajes como la del Enfoque Culturalista del Periodismo, se ha señalado que la identificación del colectivo de periodistas con esta cultura tiene una serie de variables como la clase, la raza, el nivel de escolaridad, y por supuesto, el género. Pero la perspectiva de las *Gendered Newsrooms Cultures* lanza la premisa de que el género no es una variable, sino un componente estructural de esta cultura: hay una *lógica de género* que, con el referente masculino como la *norma*, establece clasificaciones dicotómicas no solo sobre contenidos, perspectivas, temas o fuentes sino también sobre las habilidades, puestos, experiencias y valores de lo que *les corresponde* hacer a hombres y mujeres en el periodismo (Melin - Higgins, 2008, pág. 114; Ross, 2004, pág. 155). Por eso, una de las tesis centrales es que la cultura periodística es una construcción masculina: “Si los hombres han tenido el control de las instituciones de los medios, entonces han tenido la opción de definir no sólo cómo se deben organizar estas instituciones, sino también, como consecuencia de ello, lo que el periodismo *debe ser*” (Melin - Higgins, 2008, pág. 46).

De manera particular, la existencia de la lógica de género condiciona las dinámicas relacionales que se establecen en el ejercicio periodístico, que funcionan como pautas de interacción entre quienes producen la información, lo que impacta en las rutinas laborales, las prácticas y los valores que se consideran propios de la profesión. Si bien esta lógica no determina por sí misma lo totalidad de estos elementos, sí atraviesa las diferentes esferas que están involucradas en su ejercicio, articulando mecanismos con jerarquías y segregaciones en los que se gestiona una posición:



“Porque el pequeño microcosmos que conforman las redacciones funciona como cualquier otro colectivo humano, mediante diversas y complejas interacciones simbólicas, donde la actuación de cada uno en relación con los demás define con mayor o menor precisión la posición social de cada cual. Se está más o menos respetado, más o menos tenido en cuenta, las opiniones influyen en mayor o menor medida, el valor que se otorga a cada persona varía en función de todas esas sutiles y a veces casi imperceptibles actitudes que sólo ese colectivo, desde dentro, puede interpretar” (Gallego, 2013, pág. 35).

Como señala Juana Gallego, las mujeres periodistas se integran en ese entramado de relaciones con una tensión constante entre su condición de profesionales y el universo de valores de género en el que han sido socializadas. En este sentido, la perspectiva de *las Gendered Newsroom Cultures* recobra uno de los ejes de la metodología feminista: la recuperación de la experiencia de las mujeres, a fin de conocer las formas en las que acceden, mantienen o negocian una posición para ejercer el periodismo desde esa tensión. Que en el caso del periodismo deportivo es doble por el *déficit* que se les atribuye a las reporteras al considerar que el deporte no es un ámbito propio.

3.- La experiencia de las periodistas en las redacciones de deportes: ruta metodológica.

Recuperar la experiencia de las periodistas deportivas resulta nodal ya que el deporte es considerado uno de los ámbitos de mayor significación para marcar la diferencia genérica en la sociedad occidental (Kaufman, 1989; Kimmel, 1997; Keijzer, 1998). La actividad deportiva pone a disposición de los sujetos un conjunto definido de conductas, escenificaciones e interacciones que reproducen la *masculinidad*, con una jerarquía bajo la cual lo femenino es concebido entonces como menor, como *deficitario*



(Moreno, 2010, p. 44). Con esta lógica se han articulado una serie de mecanismos para excluir, segregar, marginar y discriminar a las mujeres desde una racionalidad legitimada: en la socialización femenina, el deporte permanece como un ámbito que de entrada no les es *propio*, por lo cual, su ingreso se verifica siempre como una invasión táctica, como una expropiación del espacio que no les corresponde (p. 128).

Esta *heteropercepción del déficit femenino*, que naturaliza la concepción de que las mujeres *no saben de deportes*, trasciende a las redacciones periodísticas, donde se les atribuye una desventaja para ejercer. Un primer indicador de esto es el bajo porcentaje de participación de mujeres en las secciones deportivas de los diarios. En el caso concreto de México, en un primer monitoreo realizado a lo largo de una semana en los periódicos de circulación nacional⁴, se revela el lugar que ocupan las periodistas: del total de firmas identificadas (282), 90.78 % correspondieron a hombres (256 firmas) y 9.22 % a mujeres (26 firmas): es decir, menos del 10 % de quienes escriben de deportes en prensa son mujeres. Estas mujeres representan el 15.13 % del total de las plantillas de redacción (es decir, tienen el puesto de reporteras); el 6 % del total de corresponsales; y el 1.03 % del total de columnistas. Estos porcentajes no mejoran en los cargos de decisión editorial: las mujeres ocupan un 10.76 % de los 65 puestos de coedición, edición, coordinación o dirección editorial de deportes identificados en los 15 diarios (Pedraza, 2013).

De este porcentaje de mujeres, se eligieron 13 periodistas de 7 diarios⁵, a fin de

⁴ Semana correspondiente del 14 al 20 de enero del 2013, de las secciones deportivas de 15 diarios de circulación nacional, según el Padrón Nacional de Medios Impresos: *El Universal, Reforma, Milenio, Excélsior, La Jornada, La Crónica, Diario de México, Uno más uno, Impacto, El Economista, El Financiero, Récord, Ovaciones, Estadio y Esto*

⁵ 3 diarios de información general con sección deportiva como suplemento (*Milenio, Reforma, El Universal*), 2 diarios de información general con sección deportiva integrada al cuerpo del periódico



analizar la forma en que la lógica de género incide en su experiencia: 10 reporteras, 2 columnistas y 1 coeditora-reportera. Las 13 periodistas cuentan con estudios de licenciatura, 4 en escuelas privadas (ECSPG, ITESM, UVM) y 9 en escuela pública (Fes Aragón, Fes Acatlán, FCPyS, FFyL, todas de la UNAM). Solamente dos entrevistadas provienen de una disciplina que no es Comunicación o Periodismo (Derecho, Filosofía y Letras) pero en ambos casos, ingresaron a los medios sin ejercer ni especializarse en su carrera. 3 de las entrevistadas tienen un grado superior a la licenciatura (las 2 columnistas y la coeditora). El rango de edad va de los 28 a los 51 años, mientras que las trayectorias oscilan entre los 7 y los 25 años en las redacciones deportivas⁶. Cómo interesa destacar las relaciones que estas periodistas establecen con quienes comparten el ejercicio periodístico, se realizaron además 7 entrevistas complementarias, 4 de ellas a editores (3 menores de 35 años, 1 de más de 50 años) y 3 a reporteros (de 33 a 54 años de edad), todos con licenciatura como máximo grado de estudios. Con estos testimonios, se pudieron identificar los mecanismos que, en la dinámica de las relaciones necesarias para el ejercicio periodístico, reproducen la lógica de género.

4.- “Ni hombres ni mujeres, sino periodistas”: los mecanismos de la normalización de la lógica de género.

“Juego además con puros hombres, es muy simpático, con todos los compañeros de aquí del periódico yo soy la única mujer que le entra al fútbol. Al principio como que trababan un poco, como que decían: “no, no le voy a hacer nada”. Como nunca he jugado profesionalmente, me cuesta mucho trabajo guiar la pelota, pero un día iba yo guiando muy emocionada rumbo a la portería y de pronto nada más

(La Jornada, La Crónica), un diario especializado en deportes (Récord), y un diario especializado en finanzas (El Economista). Se descartaron los diarios sin firmas de reporteras (Excélsior, Impacto y Esto), así como los diarios que no publican la firma en sus notas (Diario de México, Ovaciones).





sentí como alguien se me atravesó, el que era mi jefe me hizo un tapón, taponeó la pelota, y cuando le iba a pegar, pues salí volando. Me quedé en el suelo, toda tirada, y me dice mi jefe, “no, no, perdóname, yo no quería hacerte esto, discúlpame”, y yo le dije: “no te preocupes, estamos jugando”, (RA4)⁷.

El tapón que hizo volar hasta el suelo a esta periodista mientras jugaba la clásica *cascarita de reporteros*⁸ sirve como analogía para describir las dinámicas de las relaciones que establecen las mujeres al ingresar al periodismo deportivo. Como en una *cascarita*, si ellas quieren *jugar* tiene que aguantar los tapones, las caídas, los golpes que caracterizan el *juego rudo* del periodismo. “No se preocupen, estamos jugando”, dicen.

Aunque el *juego rudo* está normalizado en las redacciones como *igual para todos sin importar el género*, en el análisis de las relaciones de las reporteras con quienes interactúan en el ejercicio de la profesión (reporteros, jefes y fuentes de información) se encuentran cuatro mecanismos que funcionan como dispositivos para marcar la jerarquía genérica:

- a) *el cuestionamiento hostil*, que consiste en actitudes agresivas de duda, rechazo y desconfianza hacia la presencia y el trabajo de las reporteras;
- b) *el sexismo benevolente*, concebido como la obligación de tener concesiones con las reporteras debido a las *carencias* que se les atribuyen para desempeñarse en el ejercicio periodístico;

⁷ Para identificar las entrevistas, se utiliza la siguiente nomenclatura para las claves: *RA* para reporteras, *RO* para reporteros, y *E* para editores, todos numerados. Las entrevistas fueron realizadas entre noviembre del 2013 y agosto del 2014, como parte del trabajo de la tesis doctoral en curso.

⁸ Partido de fútbol en el cual los integrantes de la redacción de deportes conviven y comparten tiempo de ocio una vez que salen de la redacción

- c) *la amabilidad acosadora*, que define al conjunto de actitudes que con la apariencia de un trato *amable* provocado por sus *cualidades femeninas* expone a las reporteras a hostigamientos que deben aceptar por ser parte de la profesión;
- d) *la duda moral*, que consiste en el cuestionamiento hacia las formas en que las mujeres consiguen sus logros al asociarlos con la utilización de sus *cualidades femeninas* (aludiendo a *coqueteos, provocaciones o favores sexuales*) antes que a su desempeño profesional, con las que se impone una sanción prejuiciada que las desacredita ante el gremio.

Estos mecanismos se derivan de la *heteropercepción del déficit*: como se concibe que las mujeres *no saben de deportes* resulta *normal* que no se confíe en ellas como pares (cuestionamiento hostil) aunque se busque ayudarlas y protegerlas por su menor capacidad (sexismo benevolente), considerando que requieren tratos especiales (amabilidad acosadora) de los cuales *se pueden aprovechar* para sacar ventajas (duda moral). Como dispositivos, si bien no se presentan en la totalidad de las relaciones, se encuentran presentes en la cultura profesional como un privilegio masculino; esto no sólo significa que los hombres tienen derecho a ejercerlos en sus relaciones con las reporteras, sino que genérica asimétrica (debido a que no implica los mismos cánones para medir las actuaciones de los involucrados en el ejercicio periodístico) que tiene diferentes efectos según se trate de relaciones con colegas, fuentes de información o jefes, por la posición que estos tienen.

Aunque las periodistas entrevistadas llegaron a las redacciones de deportes por diversos caminos, el primer hallazgo al recuperar su experiencia fue que todas sin excepción enfrentaron el cuestionamiento hostil:



*“Yo empecé cuando tenía 19 años, entonces fue como muy complicado porque yo empecé en Educativas. Me tenían sentada en la computadora de 3 de la tarde a 11 de la noche sin hacer nada. Tuve que hablar con mi subdirector, le dije que yo quería aprender, que no quería estar sentada atrás de una computadora, que me diera la oportunidad (...) Llegué a Deportes y el editor me dijo: **pues esta es tu única oportunidad de reportear, debes de aprovecharla, pero yo creo que las mujeres son muy pendejas.** Y yo dije: “¿por qué somos pendejas?”. Respondió: **porque no entienden de deportes**”, (RA1).*

Sin importar si ocurrió hace 25 o hace 10 años, el ingreso de las reporteras está marcado por un cuestionamiento constante: hay una duda inicial sobre sus conocimientos (“Cuando yo entré, entramos tres mujeres a hacer prácticas, extrañamente mujeres en deporte y nos preguntaban: “¿y si saben de deportes?”, RA11); sobre su interés (“No me creyó mucho que fuera mi legítimo interés, él pensaba que quería ser famosa, pero realmente hablar del deporte y llevar mi pasión de toda la vida a otro nivel, no”, RA13); y sobre lo apropiado de su lugar en la profesión (“Ah, pues pensaban que teníamos que dedicarnos a otra cosa, eso pensaban”, RA3). Para poder establecer relaciones con los colegas, las periodistas tienen que *adaptarse* a compartir espacios, rutinas y situaciones bajo sus reglas:

*“La primera vez que fui a una gira de ciclismo, la Ruta México, era de puros hombres y a las pocas mujeres que habíamos incluso a veces ni siquiera nos querían en las camionetas que llevaba porque no eras parte del mismo ambiente, porque no tomabas, no fumabas. Tienes que pasar por esas cosas o te hacen las famosas novatadas. Me acuerdo que todavía cuando empecé decían: “a ver ¿quién se pone el suéter uva? Y **ponerse el suéter uva era irse a alcoholizar desde que inicia la ruta hasta que termina, y era parte de lo que querían que hicieras para pertenecer al grupo**”, (RA3).*

Así, las conductas que se consideran masculinas como *emborracharse, fumar, decir palabrotas* funcionan como prácticas para acceder al gremio; no se pueden calificar





como *negativas* porque *así está moldeada* la profesión o como dice una reportera: “ellos están en su ambiente y no les importa, a veces se les olvida que una es mujer y está ahí” (RA7). Entonces, si la condición para ser considerada como colega es aceptar su *manera normal de hacer las cosas*, las reporteras recurren a la táctica de adoptar las prácticas, las actitudes y los estilos que se consideran *propios* de la profesión; de no hacerlo, quedan excluidas de la camaradería que existen entre colegas, lo que genera desventajas específicas que van desde el trato hostil hasta ser excluidas de intercambios de información.

A la par de este *cuestionamiento* hostil que inicialmente no les permite ser concebidas como *colegas*, se presentan otro tipo de actitudes que podrían considerarse diametralmente opuestas y que forman parte de la *amabilidad acosadora*, que implica tratos preferenciales pero que no se remiten al aspecto laboral. Este mecanismo no concede el reconocimiento como profesionales: las mujeres en el periodismo deportivo, ante la mirada masculina, están para *otra cosa*:

“Mira, te lo voy a poner así: de pronto llega una compañera, sea grande, chica, pequeña, de la forma que sea, y para lo único que se acercan los compañeros es para preguntarte: ¿tienes novio? ¿A qué horas sales por el pan? Pero tú dices: **yo no quiero que se acerquen a mí por eso, yo quiero que se acerquen a mí porque yo si lo sé, o quiero que platiquen como platican con los otros compañeros, pero generalmente no lo hacen.** Yo no sé si sea como un estigma que tenemos o qué es lo que sucede, pero siempre que te ven es así como: “ay si, la amiguita”, (RA4).

Conforme logran enfrentar el cuestionamiento hostil a la par que eluden la amabilidad acosadora a través de adoptar las prácticas que las convierten en *uno más*, las reporteras van ganándose un lugar entre los compañeros. Pero estos mecanismos trascienden a las relaciones que establecen con las fuentes de información, en las cuales se asume que las dificultades en la gestión de la información se derivan de la



jerarquía de éstas últimas; pero en estas dinámicas también está involucrada la jerarquía genérica.

Por esta jerarquía, a las fuentes de información se les conceden ciertas actitudes que remarcan su posición, en un contrato implícito de intercambios condicionados por el poder, en el que se dice no haber un trato diferenciado, o como lo expresa una de las reporteras: *“Yo creo que la fuente le tiene confianza a quien le tiene respeto, y este tiene que ver con el trabajo que tú haces **más allá de un género**”* (RA7). La pregunta es ¿cómo se gestiona la *confianza de la fuente*? Aunque en la cultura profesional se exprese que *no importa el género*, la relación entre fuentes de información y periodistas se piensa como una relación entre varones que se consideran iguales, con prácticas que reivindican el trato rudo y remarcan la pertenencia genérica, originado dinámicas específicas por las cuales se intercambia la información, inaccesibles para las periodistas:

“A lo mejor ellos se hablan de “hola cabrón, ¿cómo estás?”. Yo no podría hablarme con ese tono con ellos, porque en el momento en que lo hagas les va a parecer extraño, que una mujer se tome esas libertades. Es como la **afinidad que hay entre varones, ellos se pueden hablar con groserías y peladeces**, y está bien, está bien visto, **pero que tú de mujer le hables así a un hombre, imagínate, lo amedrentas**, va a decir: *“a esta qué le pasa”.* Y esto repercute en la forma de hacer periodismo. Yo no me puedo ir a meter a un table, yo no puedo negociar cosas que han negociado, yo a lo mejor no tenía mucha afinidad con Salvador Cabañas que sí tenían otros reporteros, pero porque ellos lo acompañaban en sus juergas, porque yo no le solapaba sus cosas. Ni me lo pedía ni lo hacía, como algunos colegas que la fácil era en las concentraciones llevarlo a ver a sus amigas, obvio no me lo iba a decir. **Es este, como decirle...no compadrazgo sino solidaridad masculina que hay”.**

Así, mientras hay una solidaridad masculina que articula la confianza con prácticas de pertenencia genérica (el mencionado *club de Toby*), en el ejercicio de las mujeres el *cuestionamiento hostil* no permite la confianza inicial de las fuentes: primero, porque no existe una identificación genérica; segundo, porque asocian la presencia femenina con ciertas tendencias (entrevistas sobre su vida personal o temas triviales como moda, gustos, etc); y tercero, porque no les reconocen la autoridad para gestionar la información. Y esto, que en la cultura profesional se normaliza como *cuestiones de trato*, tiene una repercusión directa en la disponibilidad para los intercambios:

“Los boxeadores no están acostumbrados a trabajar con mujeres, incluso llegan a tenerte como un poquito de miedo, como que no sueltan la misma información que a un reportero, porque para muchos de ellos una chica no sabe qué es el box”. (RA1)

Pero al igual que en las relaciones con los compañeros, el trato diferenciado de las fuentes de información también se articula en la *amabilidad acosadora*, el cual se concibe como una concesión hacia las reporteras basada en los preceptos genéricos del *trato hacia las mujeres* (*“Finalmente, el futbolista, el entrenador, el atleta varonil asume que a una mujer se le tiene que tratar con cortesía, no es un trato preferencial, es un trato de educación”*, RO1). Lo que se problematiza de este trato es justamente su carácter de concesión: el trato *amable, de educación*, tendrían que recibirlo por igual reporteros y reporteras, pero como dentro de la cultura profesional está normalizada *la rudeza*, se percibe que los intercambios que se derivan en esta amabilidad son por *cualidades femeninas* antes que por el desempeño profesional:

“En estas dinámicas ellas empiezan a sacar otro tipo de cosas. Sí hay una diferencia en lo que sacan las mujeres y lo que sacan los hombres. A la larga las mujeres generan más confianza, se sueltan más, los deportistas con ellas se sueltan muchísimo. Entonces te empiezan a platicar de temas que: ¡órale!, ni por aquí te pasaba que estaban viviendo” (E2).



Al no reconocer el desempeño profesional sino atribuir la gestión de *la confianza* a estas *cualidades femeninas*, las reporteras quedan expuestas a actitudes que implican otro tipo de valoraciones de su presencia en la profesión:

*“Me acuerdo una vez en la vuelta México, un señor, no me acuerdo de dónde era me dijo: “oiga, ¿no se quiere casar conmigo?”. Y yo “pues no, como me voy a casar con usted”, “ándeale, cásese conmigo”. Igual una vez que fui a Acapulco, me tocó una reunión de la ODEPA, estaban ahí todos los comités nacionales, y llegó el de Venezuela o Uruguay, no me acuerdo, y me dijo algo similar. Y yo decía: “bueno, pues ¿cara de qué me ven?”. Son situaciones como que de pronto no sabes qué hacer, **pues no le puedo contestar mal porque es un señor del Comité Olímpico, pero tampoco me puedo quedar así con la situación de: “ah, no pasó nada, porque no está padre que te hablen así. Porque además estás trabajando, no es que estés yendo a pasear, estás trabajando, que de pronto te salgan con esas cosas es incómodo.”.***

Así, los piropos, las invitaciones, las insinuaciones que forman parte del *trato amable*, disfrazan la posición de jerarquía que la fuente ocupa (y por eso, no se le puede *contestar mal al señor del Comité Olímpico*). Y aunque las reporteras que han enfrentado estas situaciones reconocen que es *incómodo*, lo deben aceptar aún con los riesgos que supone: las fuentes de información tienen este privilegio.

Entonces, si el cuestionamiento hostil no les permite el reconocimiento y la amabilidad acosadora las arriesga a someterse a la jerarquía de las fuentes, ¿cómo es que las mujeres, *que no saben de deportes*, consiguen una entrevista, una exclusiva, una titularidad? Esta pregunta es la que establece la *duda moral* sobre el ejercicio periodístico de las reporteras:

*“Antes, había una mujer que todavía sale por ahí en la tele, cuando yo estaba reportando en el Unomásuno, ella hacía especiales, entrevistaba a deportistas, y llegaba la señora, **que tenía un cuerpazo, llegaba con unas minifaldas, actuaba de una manera muy como muy***





inocente, que era muy atractiva para los deportistas, y les pedía una entrevista y se las daban”, (E4)

Al naturalizar *las cualidades femeninas* por encima del desempeño profesional en el ejercicio periodístico, se considera que existen reporteras que utilizan otro tipo de recursos, y la primera forma de distinguirlas es su *apariencia*. El juicio sobre su trabajo pasa en primer lugar por *cómo se ven* (si se *ponen minifaldas*, si *traen tacón*, si *actúan inocentemente*) antes que por lo que hacen periodísticamente. El mecanismo de la duda moral está tan fuertemente arraigado en la cultura profesional, que las reporteras lo internalizan no sólo en los juicios que hacen sobre la labor de sus compañeras, sino en sus mismas guías de actuación. Así, si bien la *apariencia* es un primer elemento de *sospecha*, las reporteras están conscientes que sobre su trabajo siempre va a existir un signo de interrogación en el que además de sus capacidades, se cuestionan su profesionalismo y su ética:

“Hay personas que te dicen: “es que te dieron la entrevista porque eres mujer y se paran contigo” (...). Para los compañeros, si te dan una entrevista, es porque ya te acostaste con alguien. Es diferente, porque un hombre, cuando es amigo de un jugador o se lleva muy bien con un jugador es porque es su amigo. Tu como mujer, si te llevabas bien con un jugador, es porque ya te acostaste con él. Entonces ese tipo de cosas, créeme, son tan dolorosas, son desquiciantes”, (RA9)

Este tipo de actitudes invisibilizan el trabajo de las periodistas bajo patrones que no se aplican a los reporteros: no hay ningún juicio en las relaciones que se establecen entre varones, ni en las *apariencias* de los mismos, ni en la forma en que negocian o intercambian la información; lo que ellos hacen es lo *normal*. Así, mientras las relaciones que los reporteros articulan con las fuentes de información no están bajo cuestionamiento (aun cuando involucren prácticas que comprometan la pretendida imparcialidad del periodismo como *ir a tomar tragos, andar de fiesta, presentarles*





amigas), las reporteras tienen que “cuidar la imagen”, “no dar de qué hablar” o como lo expresa otra de las entrevistadas: “sí como periodista tienes que ser muy pulcro con sus fuentes, como mujer en el ámbito del periodismo deportivo tienes que ser doblemente pulcra para todo” (RA12).

Acentuar que como mujer tienes que ser doblemente pulcra implica reconocer que *sí importa el género*: existe una diferencia en el ejercicio cuando se tiene que conseguir y negociar la información desde una posición en la que cuestiona el conocimiento, con el riesgo del acoso por parte de las fuentes y la consecuencia de la duda moral por parte de los colegas. Y todo esto, bajo las órdenes de jefes, editores, y directores que también tienen interiorizados los mecanismos de esta cultura profesional:

“En un principio, me acuerdo, Ramón Márquez dijo: **“esta es la isla de los hombres solos y aquí no entran mujeres”, ;sobre mi cadáver!”**, Es más, tenía hasta cerrada la puerta de la redacción de deportes. Y finalmente accedí, dijo: **“bueno, le voy a dar oportunidad, adelante”**. Y estar ahí realmente para mí fue una gran escuela. Ser alumna de Ramón Márquez, no cualquiera” (RA10).

En este testimonio se muestra la tónica general que ha permeado las relaciones entre quienes ocupan los puestos de decisión editorial (coeditores, editores, jefes de sección, directores) y las reporteras: un recelo inicial pero también la disposición para orientarlas a hacer bien su trabajo. Dicha relación está mediada por la jerarquía de los primeros, lo que implica una serie de demostraciones de poder que están normalizados en la cultura profesional: el maltrato, la exhibición y el cuestionamiento constituyen formas de poner a prueba el carácter de reporteros y reporteras. Estas actitudes se permiten por el conocimiento que se les reconoce a los superiores y porque que se asumen como parte del aprendizaje:





“Yo me acuerdo que, cuando yo entregaba una nota que estaba mal, mi jefe era un cubano, se levantaba, **hacia bolas el papel que le había entregado y me decía:** “ ¡esta madre la escribiste con la punta de la pinga!”, y me gritaba “repítelo” y me dejaba en tremendo ridículo, era aguantar la presión, ir a chillar al baño media hora, luego salir y empezar a redactar de nuevo.” (RA1)

Así, estas demostraciones de poder se perciben como indiferentes al género: todo el gremio lo padece pero solo una parte lo supera, ya que la profesión *no está hecha para cualquiera* y los jefes son los encargados de recordarlo Aunque por el mecanismo del cuestionamiento hostil se genera una falta de confianza de los jefes hacia las reporteras, a diferencia de los compañeros y fuentes, esta no se dirige a sus conocimientos sino hacia su capacidad para aguantar las dinámicas de la profesión:

“En ese sentido ya no hay preferencia por decirlo de alguna manera. **A quien le toca le toca, y pues ni modo.** Yo he tenido a Marlene cubriendo finales de fútbol que se terminan tarde, que son en provincia, que sale que si la gente, los que perdieron ahí, los locales se ponen a gritar agresivos y todo, es como pesadilla, uno cree que cubrir la final es una fiesta, pero son pesadillas. Y ellas han estado trabajando igual, no hay diferencia, **podiera ponerse difícil y uno no quisiera exponerla, pero ellas también demandan y todo eso**”, (E4)

Al expresar que *no quisiera exponerlas a eso pero ellas lo demandan* se manifiesta la contrariedad que supone la presencia femenina para las redacciones deportivas: la mirada varonil sigue implicando que esta no es un área apropiada para ellas pero si quieren estar, tienen que someterse a los riesgos del *juego rudo*. Si bien los jefes no tienen un trato explícitamente diferencial a la hora de asignar y distribuir el trabajo, la idea de *ser más cuidadosos, de no exponerlas* implica un *sexismo benevolente* que puede alejarlas de oportunidades laborales:

“**Hay un problema muy serio de sexismo.** Como editores a uno de los primeros problemas





que te enfrentas cuando estás formando a un practicante es que el practicante, si es un chico, te puede decir: “no, es que yo me quedo trabajando aquí hasta las tres de la mañana”. Y la chica, tal vez por cierta cuestión de educación, por cierta cuestión de valores, hasta por religión o por otras cosas, puede que te digan: “no es muy noche y tengo que llegar a casa”. Y la segunda es una cuestión de discriminación que sí me tocó trabajar con esto y que sí he visto en la que el editor se adelanta a eso y dice: “no, porque ella se va a querer ir temprano a su casa”, y ni siquiera le dio la oportunidad de decírselo y las mandan a su casa. Y bueno, el periodismo es una carrera de resistencia, y de aguantar y de estar constantemente, y ahí ya les cortamos su libertad de poder estar y de demostrar de lo que son capaces”, (E1)

En este argumento no hay un reconocimiento de una estructura social que es hostil en forma general hacia las mujeres (los riesgos de los horarios, el transporte, las exigencias del hogar) ni en el reconocimiento de una cultura laboral demandante sino la naturalización de la fragilidad, sensibilidad y delicadeza femenina que se opone a la rudeza, al aguante, necesario para ejercer el periodismo. Por la vía del sexismo benevolente, se normaliza que a las mujeres se les incluya en ciertas asignaciones de trabajo y se les excluya de otras; en virtud de estas exclusiones, algunas reporteras recurren a la táctica de arriesgarse, justamente en el afán de demostrar a los jefes que pueden realizar todas las tareas, acceder a otras oportunidades y obtener su reconocimiento:

“Cuando fueron campeones contra Monarcas, que hable y les dije: “va a ir a Reforma en el Turibus, quiero una moto”. Y mi jefe me dijo: “no, cómo crees que te vas a ir en una moto”. “Es que no me importa, quiero una moto, quiero irme junto al equipo del camión en una moto”. Y mi jefe me hablaba cada diez minutos para ver si seguía yo viva siguiendo al camión trepada en una moto. Ya después me dijo: “Estás loca. Todo el mundo me dijo que eras la única trepada en una moto”, (RA8).



Tomar riesgos, aventarse, hacer cosas de loca constituye una forma de salir de las asignaciones usuales, manifestando una disposición a mover los límites de su ejercicio para ser consideradas por sus superiores: es decir, buscan demostrar que pueden hacer lo que sea. Y en esta disposición, se articula una parte oculta del mecanismo de la duda moral: la utilización de las reporteras como carne de cañón.

*“Sí, sí pasa, y si un editor te dice que no, miente. Se cree que una mujer tiene mayor oportunidad de sacar la nota pero no nada más es cuestión es de rutina sino que somos sexistas al momento de decidir. **El juicio es: necesito que le saque cierta información al futbolista, manda a la más guapa. Eso es muy común, es muy común, pero no es que sea una cuestión solo de prensa**” (E1)*

En esta dinámica se expresan nuevas contradicciones en las relaciones de las reporteras con los puestos de decisión. Utilizarlas de esta forma no se concibe como un riesgo (como sí lo es mandarlas a ciertas coberturas, los horarios nocturnos o los desplazamientos) porque se considera que se recurre a una cualidad inherente (la capacidad de atraer la mirada varonil de las fuentes de información), aun cuando se expongan al acoso. No obstante, el cuestionamiento no va dirigido a la decisión de los editores sino a la aceptación de las reporteras (por eso se dice que es la parte oculta del mecanismo de la duda moral), sin considerar la jerarquía implícita en la relación laboral:

“Cuando estaban estas chicas guapas aquí, las utilizaban como eso, y conseguían la entrevista, porque dicen que es más fácil darle una entrevista a una cara bonita que a un par de pantalones. Quizás ahí yo no estoy tanto de acuerdo, es más una cuestión de profesionales, pero bueno, sí los medios te ponen como carne de cañón, ¿qué haces?, vas y lo consigues” (RA3).

Entonces, aunque se exprese que el trato es igual, por estos mecanismos se reivindica no solo la jerarquía de los jefes sino la jerarquía genérica que los autoriza a ciertas





ejecuciones de poder sobre las reporteras. Estas ejecuciones, que van desde insinuaciones sutiles que las alejan de posibilidades laborales concretas hasta hostigamientos directos que provocan pérdidas de trabajo, se ocultan como parte de lo que se tiene que *aguantar* para estar en la profesión:

“A nosotras nos decían como reporteras nuevas: carne fresca. Y era muy sabido que a la carne fresca le pidieran pasar al “sillón de los ascensos”. Entonces cuando a mí me pidieron pasar al “sillón de los ascensos” dije: “estás pero que si rebotas de animal, o sea yo en mi vida voy a hacer eso para ascender”. (...)La redacción era muy chiquita, entonces si tu gritabas, todos los de alrededor se daban cuenta. Entonces le dije: “¿Qué no te has visto en un espejo?, tienes 43 años, yo tengo 20, o sea, no lo voy a hacer, no es mi forma de subir, yo quiero subir por chamba, no por esto”. – “Pues entonces te corro”. Me acuerdo que se armó un problemón por mis gritos, me mandaron con el director, mi editor se “frikeó” cuando vio que el director me estaba haciendo caso entonces agarró y dijo: “No, la suspendí, porque me faltó el respeto”. Y luego, aprovecharon un viaje del director para correrme” (RA1).

A diferencia del acoso encontrado con los colegas o con las fuentes de información, en las relaciones con los jefes está en riesgo el propio empleo; este riesgo obliga a que las reporteras se muevan (ya sea, saliendo de las redacciones o alejándose de posiciones en las que pueden tener acceso a mayores oportunidades) para no enfrentarlos y conservar su trabajo.

Quando estos mecanismos se revelan como parte estructural de las relaciones que establecen en el ejercicio periodístico, la idea de que en las redacciones *no hay hombres ni mujeres, sino periodistas* se desdibuja: la lógica de género normalizada en la cultura profesional articula posibilidades distintas dependiendo de la categoría genérica a la se pertenezca. Pero como está internalizada, esta lógica se concibe como



parte del *juego rudo*, aun cuando tenga una incidencia desigual en las oportunidades, el reconocimiento y la posición de las reporteras.

5.- A modo de reflexión final: ¿se pueden cambiar las reglas del juego?

Con el panorama aquí mostrado sobre las dinámicas en las relaciones entre reporteras, reporteros, fuentes y jefes, resulta complicado pensar en un cambio en el periodismo deportivo cuando *la normalización de la lógica de género en la cultura profesional* provoca que quienes lo ejercen internalicen que es un oficio difícil por igual. Resulta aún más complicado cuando, por estos mecanismos, las mismas reporteras se niegan a hablar de *discriminación, marginación, violencia de género o acoso sexual*, aun cuando en la recuperación de sus experiencias resulta evidente que en su itinerario laboral estos factores son estructurales del propio ejercicio periodístico.

Sin embargo, se debe reconocer que en las tácticas que las periodistas adoptan para enfrentar esta cultura profesional, aunque esté internalizada, mueven los límites de lo que se considera *propio* y de lo que se considera *ajeno*; contribuyen a desmontar la heteropercepción de que las mujeres *no saben de deportes*; y gestionan un lugar que, pese a estos mecanismos, permite la entrada de más mujeres al periodismo deportivo. Como bien señala Marjan De Bruin (2014, p. 41), la premisa que el periodismo es un mundo masculino no debe centrarse sólo en señalar quien está (o no está) en el poder, sino en cómo lo mantiene. Y más importante: cómo se puede cambiar. Esto implica el reto de seguir teorizando sobre la multiplicidad de relaciones de subordinación, pero también de resistencia y negociación que se constituyen en el ejercicio periodístico. Por eso, se considera que *aguantar el juego rudo*, con tácticas propias, constituye uno de los caminos para asegurar la permanencia en las redacciones, y desde allí, mostrar que es posible jugar de otra forma.



Bibliografía

- Byrely, C. (2014). The long struggle of women in news. En A. Vega Montiel, *Media and Gender: a Scholarly Agenda for Global Alliance on Media and Gender* (págs. 34-36). Paris: Unesco-IAMCR.
- Byrely, C., & Ross, K. (2004). *Women and Media. International Perspective*. Oxford: Blackwell Publishing.
- Chambers, D., Steiner, L., & Fleming, C. (2004). *Women and Journalism*. Routledge: Londón.
- De Bruin, M. (2004). Organitational, Professional and Gender Identities- Overlapping, coinciding and contradicting realities in caribbean media practices. En M. De Bruin, & K. Ross, *Gender and Newsroom Cultures* (págs. 1-16). New Jersey: Hampton Press.
- De Bruin, M. (2014). Gender and newsroom cultures. En A. Vega Montiel, *Media an Gender: a Scholarly Agenda for the Global Alliance of Media and Gender* (págs. 41-46). París: Unesco.
- De Bruin, M., & Ross, K. (2004). *Gender and Newsroom cultures*. New Jersey: Hampton Press.
- Djerf- Pierre, M. (2007). The gender of Journalism.The Structure and Logic of the Field. *Nordicom Review (Jubilee Issue)*, 81-104.
- Djerf-Pierre, M., & Lôfgren-Nilson, M. (2004). Gender-Typing in the Newsroom: the Feminization of Swedish Television News Production, 1958-2000. En M. De Bruin, & K. Ross, *Gender and Newsroom Cultures* (págs. 81-106). New Jersey: Hampton Press.
- Gallego, J. (2002). *La prensa por dentro*. Barcelona: Los libros de la Frontera.
- Gallego, J. (2013). *De reinas a ciudadanas. Medios de comunicación ¿motor o rémora para la igualdad?* Barcelona: Aresta.

- Kaufman, M. (1989). *Hombres: placer, poder y cambio*. República Dominicana: Centro de Investigación para la Acción Femenina.
- Keijzer, B. (. (1998). *Hasta donde el cuerpo aguante: Género, Cuerpo y Salud Masculina*. Recuperado el 17 de octubre de 2007, de VI Congreso de Ciencias Sociales y Salud. Lima, Perú.: <http://portal.oit.or.cr/dmdocuments/genero/>
- Kimmel. (1997). Homofobia, temor, vergüenza y silencio en la identidad masculina. En T. Valdés, & J. Olavarría, *Masculinidad/es. Poder y crisis* (págs. 49-62). Santiago de Chile: Isis Internacional-Flacso.
- Lofgren-Nilsson, M. (2010). "“Thinkings” and “doings” of gender. *Journalism Practice*, 1-16.
- Melin - Higgins, M. (2008). *Gendered Journalism Cultures*. Malmo: Department of Journalism and Mass Communication University of Göteborg.
- Melin-Higgins, M. (2004). Coping with Journalism: Gendered Newsroom Culture. En M. De Bruin, & K. Ross, *Gender and Newsroom Cultures* (págs. 195-222). New Jersey: Hampton Press.
- Moreno, H. (2010). *Orden Discursivo y Tecnologías de Género en el boxeo femenino*. México DF: UAM.
- Pedraza, C. (2013) "*Quiénes hablan de deportes? Panorama de la condición, situación y posición de las periodistas deportivas en la prensa mexicana*". Encuentro Nacional AMIC. Toluca, Estado de México, Junio del 2013.
- Ross, K. (2004). Sex at work: Gender Politics and Newsroom Cultures. En M. De Bruin, & K. Ross, *Gender and Newsroom Cultures* (págs. 145-162). New Jersey: Hampton Press.